

## CARTA DOMINICAL

16 DE JULIO DE 2017

ECO DE LA PALABRA

### Nueva fraternidad (XIII). El cielo

Nos suele ocurrir con frecuencia a quienes hablamos de cosas del Evangelio. Nuestras palabras parecen referirse a utopías irrealizables. Suenan bien, pero tarde o temprano tropiezan con el “sensato”, realista y pragmático de turno, que nos recomienda no hacer sermones fuera de la vida.

Sin duda la lectura de nuestras reflexiones sobre la nueva fraternidad habrá despertado esta reacción en más de uno. Y ciertamente la nueva fraternidad, tal como la hemos venido describiendo, es una de las realidades más “utópicas” de nuestra fe. Basta con poner al lado de estos escritos la prensa o el noticiero cotidiano sobre la Iglesia o sobre el mundo para convencerse de ello. Sin embargo, delante de quien niegue la validez, la fuerza y la realidad de esta comunión fraterna, nosotros responderemos una y otra vez: “Yo creo en la nueva fraternidad”.

“Utópico”, según su etimología, significa que no tiene lugar alguno en nuestra historia o en nuestra tierra. Pero eso no significa que no sea real, porque nuestra historia y nuestra tierra no son la única realidad. Ésta es una de las diferencias entre los cristianos y los que defienden una utopía transformadora, por ejemplo en el ámbito político, sólo como un sueño atrayente, o los que todavía piensan que el sueño es realizable ya aquí.

Para los cristianos la plenitud de la nueva fraternidad es el cielo. Pero el cielo es real. No sólo es real, sino que es accesible y está ahí para nosotros.

¿Somos los cristianos seguidores de un predicador utópico? O pero aún, ¿hemos creído en un profeta populista o demagógico, que entusiasmaba a las masas provocando sueños inútiles? ¿Eran sólo las ganas de fraternidad universal y un lenguaje seductor lo que nos llevó a creer en su palabra?

Jesús comenzó su predicación proclamando “el Reino de los cielos ha llegado” (Mt 4,17) o “mirad, el Reino de Dios está ya entre vosotros” (Lc 17,20-21). Y los cristianos, a partir del bautismo, la fe y la recepción del Espíritu, anunciaron que “el Reino de Dios ya ha comenzado” (cf. Hch 8,12). Ellos tocaban ya el cielo.

El libro de Los Hechos de los Apóstoles nos da a entender que nuestros hermanos de entonces tocaban el cielo en la experiencia de gestos de verdadera fraternidad (como cuando se reunían para escuchar la palabra de los apóstoles, celebrar la Eucaristía y compartir sus bienes: cf. Hch 2,42-47). Pero al mismo tiempo no disimulaban que entre ellos también había conflictos y que algunos no celebraban la Eucaristía dignamente o engañaban a la hora de compartir los bienes... (cf. Hch 5,1ss.)

Más allá de falsificaciones y desviaciones de grupos puristas o de tendencias exaltadas, los cristianos fieles al Evangelio siempre han vivido esta sana tensión: el cielo, el Reino de Dios, la nueva fraternidad, ya ha comenzado aquí en la tierra (de comienzos humildes); pero es una fuerza, un dinamismo, que no culminará si no es en el cielo.

Nos conviene volver, sin miedo ni complejos, al libro del Apocalipsis: contemplar el cielo, la gran asamblea de los que dejaron que el amor (fraterno) acabara triunfando en sus vidas, incluso hasta el martirio, pues tal era la fuerza y la seguridad de su fe. El libro del Apocalipsis no es una película de ciencia ficción al servicio de nuestra emoción pasajera o del placer de los sentidos, sino la visión que anticipa el futuro real. Es la invitación a seguir amando (al hermano), pase lo que pase, sin cansarnos, pues el amor de Cristo seguirá triunfando.

† Agustí Cortés Soriano  
Obispo de Sant Felí de Llobregat